

Poetas del trópico



ENCUENTRO DE ESCRITORES
LÁCIDES GARCÍA DETJEN
2023

Poetas del trópico

Poetas del trópico

Primera edición en formato electrónico, 2023.

D. R. © Universidad Olmeca, A.C.,
Carretera Villahermosa-Macuspana, km 14,
Dos Montes, Centro, C. P. 86280,
Villahermosa, Tabasco, México.
www.olmeca.edu.mx/

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Universidad Olmeca, A.C.

ISBN versión impresa: 978-607-59645-9-1

ISBN versión electrónica: 978-607-59931-0-2

Hecho en México / *Made in Mexico.*

Poetas del trópico



UNIVERSIDAD OLMECA
Raíz de sabiduría

Índice

Introducción	11
Paseos con Pellicer, Gorostiza y Becerra (analectas, semblanzas, glosas) <i>Francisco Magaña</i>	13
Y el agua por todas partes <i>Virginia María Aguirre Cabrera</i>	29
Forma Ansiosa <i>Eliannet Paola García Hernández</i>	35
Un mar que lleva tu nombre <i>Virginia María Aguirre Cabrera</i>	41
Susurros de ausencia <i>Yumey Zetina Salgado</i>	47
Funerales en calles conocidas <i>Aarón Rueda</i>	53
La escalera anular <i>Alex Moreno</i>	59

Introducción

La poesía es un género literario que nos permite explorar la belleza del lenguaje y las emociones humanas de una manera única. En esta antología, *Poetas del trópico*, nos adentramos en el mundo de la poesía tropical, donde la naturaleza exuberante y la riqueza cultural de la región se convierten en fuente de inspiración para los poetas.

A través de las páginas de este libro, descubriremos la obra de forjadores de versos contemporáneos, entre los que destacan Francisco Mañaga, Virginia María Aguirre Cabrera, Eliannet Paola García Hernández, Yumey Zetina Salgado, Aarón Rueda y Alex Moreno. Cada uno de ellos nos ofrece una visión única del trópico, desde la exaltación de su belleza natural hasta la reflexión sobre su compleja realidad social.

Este libro nos presentan a los poetas en su faceta pública, como artistas conscientes de sus logros y dueños de sí mismos. En ellas, podemos apreciar a los poetas en plena acción, en un diálogo constante con el entorno que los rodea.

En definitiva, *Poetas del trópico* es una invitación a sumergirnos en la poesía de una región rica en matices y colores, donde la naturaleza y la cultura se funden en una armonía única un texto para quienes desean iniciarse en la belleza creativa de la poesía. Esperamos que disfruten de esta obra tanto como nosotros durante su realización.

Paseos con Pellicer, Gorostiza y Becerra (analectas, semblanzas, glosas)

Francisco Magaña *

A Carlos Pellicer López

Pellicer y la gracia de los sentidos

En 1940, Francisco J. Santamaría publicó *La poesía tabasqueña. Antología. Semblanzas*. A la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco se debe una edición facsimilar, aparecida en 1995. Estructurado por convocatoria abierta, este volumen reunió a ciento nueve forjadores de versos. El criterio tiene hoy una marcada preferencia por la estadística, y salvo algunos nombres, los otros sólo significaron el registro puntual de efusiones líricas que no respiraron más que en esas páginas y dentro de los estrictos límites territoriales que signaron la condición del título. Tanto por su estructura como por su tono, y sobre todo por su visión, entre estos poetas figuran los que propiciaron la ruptura de la tradición que ha originado, como señaló Octavio Paz, la tradición de la ruptura.

La temporalidad de todo movimiento artístico marca el límite a partir del cansancio natural de su existencia, de los primeros síntomas del agotamiento intrínseco que estableció, en algún momento, su actitud de liberación ante las formas

que lo precedieron. La mayoría de esos poetas se amurallaron con ahínco en «las gastadas palabras de siempre», como escribiera un poeta de nuestro tiempo. Es decir, el uso del lugar común fue tan común que se volvió abuso.

Pellicer, Gorostiza y Becerra (éste muy posterior, pero imprescindible) abanderan la irrupción de poetas tabasqueños en los mayores niveles de la poesía de nuestro país y aun más allá de nuestras fronteras. A veintiséis años de su deceso, confirma su vigencia la inclusión en *Medusario. Muestra de poesía latinoamericana*. Roberto Echavarren, José Kozser y Jacobo Sefamí. Prólogo de Echavarren y Perlongher, epílogo de Tamara Kamenzain. FCE, 1996.

≈

Pellicer nació en 1897 y murió en 1977. Era cuatro años más grande que Gorostiza quien murió, simple dato curioso, cuatro años antes que Pellicer.

A partir de *Colores en el mar y otros poemas* (1914-1921), su primer libro, Pellicer desencadenó una permanente presencia en el mundo editorial, que comprende cerca de mil páginas según la disposición de los poemas en la edición de Luis Mario Schneider (FCE, 1981), a lo que hay que sumar aquello que provocó: antologías, estudios críticos, números especializados, de los que esta institución ha tenido un papel relevante.

Poeta con aires de futuro, Pellicer supo combinar el soneto con el verso libre. No renegó del Modernismo, antes bien, lo asimiló y revitalizó tomando distancia de sus cansados fantasmas. Veamos por ejemplo unos versos de «Idealidad exótica», de Julio Herrera y Reissig (Uruguay, 1875-1910):

*Tal la exangüe cabeza, trunca y viva,
de un mandarín decapitado, en una
macábrica ficción, rodó la luna
sobre el absurdo de la perspectiva.*

Y estos de Pellicer, del «Poema III» de *Piedra de sacrificios. Poema iberoamericano* (1924):

*Desde el avión,
la orquesta panorámica de Río de Janeiro
se escucha en mi corazón.*

*(...)
Tu mar y tu montaña
– un puñadito de Andes y mil litros de Atlántico –
pasan bajo las alas
del avión, como síntesis del Continente amado.*

Esta asimilación – sin el fácil recurso de la copia – lo enaltece por la defensa hacia el padre de ese movimiento en Hispanoamérica. Don Eliseo Diego cuenta que en 1966, al conmemorarse el 50 aniversario del fallecimiento de Rubén Darío, en La Habana, y ante la beligerancia de ponentes que denostaban al poeta como persona, Pellicer se levantó furioso y abandonó el recinto. «Estoy harto de sandeces», le dijo al autor de *En la calzada de Jesús del Monte* (1949), a quien debo citar:

Trotando a su lado procuraba disuadirlo: «por Dios, don Carlos», argüía, «no vamos usted y yo a abandonar a Rubén Darío en su hora mala». Y para inducirlo a detenerse, saqué del bolsillo lo que he llamado mi Smith & Wesson y era en realidad un documento escrito con más irritación que acierto en dos o tres cuartillas que llevaban el membrete de la Casa de las Américas, bajo el título de *Donde estar vivo*. Don Carlos, curioso, se detuvo y le echó un vistazo. Casi al principio, figuraban estas palabras: «deducir de una vida mediocre la mediocridad de una poesía, no llega a parecerme un procedimiento muy sensato». Sonrió con cierta benevolencia maligna. «Descuide», me dijo, «mañana usted y yo le daremos lo que se han buscado». Me devolvió los papeles y echó a andar hacia su cabaña.

Al otro día tronó su Pacificador junto a mi viejo revólver. En torno nuestro, al menos, se hizo el silencio».

Pellicer fue un poeta de sensaciones con un sentido especial por la mirada. Desde ese reflejo interior, hizo suyos los senderos que recorrió. Desde la atalaya del hombre de a pie, viajó como pocos y como pocos dejó testimonio de privilegio de un mirar afinado en la nota más sensible de su religiosidad. Carlos Pellicer López, en quien logramos ver la paleta tonal que el poeta nos dio en imágenes, lo afirmó así: «la imagen visual es la materia prima fundamental de toda su poesía, y esto explica en buena medida su estrecha relación con el mundo de las artes plásticas y su amistad con pintores, escultores, grabadores, fotógrafos, arquitectos. Pellicer reacciona casi de modo automático al medio visual que lo rodea y hasta en su poesía introspectiva o religiosa mira, descubre elementos plásticos para construir el poema». Y un ejemplo medular es «Semana holandesa» (semana sin miércoles, por cierto), de *Hora y veinte*. Aquí, el poeta asiste a contemplar la obra de los maestros de los Países Bajos, y el resultado es el testimonio libre de quien crea para sí, con un toque lúdico, a partir de obras del siglo XVII. La contemplación como oportunidad para crear: la mirada del artista, pues. Pero esta creación para sí se condensa en poema sin ataduras, que juega y se forma con detalles de las obras y elementos contemporáneos. Hay que tener presente que esa serie es de 1926, y que se publicó al año siguiente en el libro mencionado. El claroscuro, toque esencial en los maestros holandeses, representa el dilema de un corazón luminoso en lucha constante con aquel ser a quien le dice:

en tu corazón cielo de noche.

≈

Habitado por la gracia Pellicer escribió *Práctica de vuelo* (1956), un libro hondo, significativo que de principio a fin se yergue con la valentía y la humildad de quien le habla de tú a las presencias ultraterrenas. Porque esa es su atmósfera, porque en él conviven, desde la infancia, el rezo, la plegaria, el humo de las veladoras del misterio. El catolicismo es el modo natural de su respiración, el aliento de su linaje. Por

eso, alguien así sólo podría haber escrito una obra lejos de la medianía. Con ese título, el poeta entra al territorio de López Velarde, Concha Urquiza, los padre Ponce y Placencia. El tono de éxtasis y festivo provienen y continúan la misma línea que había establecido en *Hora de junio* (1932), libro en el que el Pellicer amoroso despliega sus banderas con arrebatado (no con palabras huecas), con cordura (no poniendo límites a su deseo), y con un impecable vigor que no declina, y todo ello en convivencia con *Esquemas para una oda tropical*, su poema mayor de largo aliento, es decir, la ruptura con la tradición. Pero concluyo con un soneto de *Horas de junio*:

*Éramos la materia de los cielos
que en círculos inútiles perece
sin dar el fuego cósmico que crece
sino apenas el ritmo de sus vuelos.*

*Energía de idénticos anhelos
que aleja y que avecina y que los mece,
juntó en choque de fuerzas luz que acrece
la sombra en tierra de sus hondos cielos.*

*Y buscándose en ambos nuestra suerte
fluyó hacia tu esbeltez la fuerza fuerte
que al fin su espacio halló propio y profundo.*

*Salgo de ti y estoy en tu tristeza,
sales de mí y estás en tu belleza.
Las estrellas nos ven: ya hay otro mundo.*

Veinte años después, Octavio escribiría:

el mundo cambia cuando dos se besan.

Y con gota fugaz el surtidor

*Al gran poeta, en verdad, se le reconoce finalmente
por las páginas insignificantes que no ha escrito.*

René Char

La imagen de Gorostiza ofrece un retrato que no lleva a la indiferencia. Da la impresión de que su mirada es hacia adentro; que por mera cortesía esboza una sonrisa a medias, tímida, casi imperceptible.

El rostro adusto no rivaliza con la cordialidad. Acaso después de la toma asome un esbozo de asentimiento, leve, contenido. De pronto se acuerda de la pluma Parker que hizo nacer, de manera pausada pero vertical, siempre vertical, un poema que a cuentagotas nos cuenta las gotas que no dejan de fluir: gotera sin fin, constante, que se alejó de la monotonía para acompañar ¿propiciar? el parto del endecasílabo elegante, por demás. El fondo, la forma. La forma ese único camino natural para el desarrollo y análisis de una pregunta que sólo ha de cesar cuando cese la vida.

Hay armonía entre el recato de la figura con la pulcritud de la obra. Entre la pulcritud de la representación y el recato de la creación. Porque el pensar es cosa de la introspección que por más que se niegue asoma a la superficie. Su temperamento, su natural fue forjado en el altiplano. No la efusividad colorida de Pellicer ni el impulso a cada instante recargado de Becerra, sino la mirada que escudriña y nos lo hace saber.

≈

En 1925 se publicó *Canciones para cantar en las barcas* libro de tal fineza, contención y plasticidad que le otorgan rango suficiente para ingresar con prestancia y dignidad a ocupar sitio de honor en nuestra poesía. A casi cien años de su aparición mantiene su vigencia de manera natural y es aquí el tiempo sinónimo de un ayer que nació maduro. De clásica envergadura, su esencia visual posee tal poderío que se fragua en un solo verso que es un poema que es un espectador

del asombro y el equilibrio. Esta vez el mar es el sustento oculto subordinado a la luz también imprescindible, sugerida, palpitante en el corazón del poema.

≈

En la víspera de un viaje al Distrito Federal, me dijo Francisco Hernández al teléfono: «qué bueno que vienes. Acaba de aparecer un libro sobre Gorostiza. Imperdible, tienes que leerlo». Se refería a un título de Arturo Cantú, *En la red de cristal* (Juan Pablos Editores, 2012). Lo leí deslumbrado, como he leído la obra de Gorostiza. Es bajo esa condición que me mantengo en su lectura, por lo que me sucede lo que escribió Porchia sobre Juarroz: «leyendo o escuchando los poemas de este libro, creo que sentir es profundo y comprender es superficial, porque siento muchísimo y no comprendo».

≈

¿De hace cuántos años? Don Arturo Cantú impartió un seminario en 2012 en la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco. Permanece de entonces la sensación de haberme asomado apenas a las puertas de esa catedral. Cómo la construyó es la interrogante que se erige apenas estamos en la primera página. Desde el primer verso estamos ya inmersos en un viaje de gozo, sentidos, imágenes que nos desconciertan, nos rebasan, se escurren y escapan (de dónde vienen, hacia dónde), nos asombran y nos asombran y nos nombran. Fascinados, al final, sólo sabemos con certeza que se nos ha dado la experiencia de ser lectores deponentes de una obra que conjuga a la máxima potencia la templanza con la luz. Testigos afortunados.

Hablé de un deslumbramiento, esto es también de una dicha por «el haber respirado tan sólo en una soledad privilegiada a orillas de la fuente de la vida», como escribió María Zambrano en «El despertar» de *Claros del bosque*, publicado en 1977.

≈

En 1995 apareció en la Dirección General de Publicaciones del CONACULTA *Epistolario* (1918-1940) de José Gorostiza, edición de Guillermo Sheridan, quien resume con precisión: «*Epistolario* es la historia de la redacción de *Muerte sin fin*, desde que en la carta a Villaurrutia aparecen ideas que llegarán años más tarde al poema, hasta las reflexiones que sobre él, ya publicado, hace para Torres Bodet». Un compendio imprescindible para apreciar de primera mano el diario transcurrir de alguien que expone a sus destinatarios el sentir, la impotencia, pero también su lado recio, frontal que ni en esos momentos pierde la elegancia de la prosa alentada por la inteligencia en punto de ebullición. Este volumen seguí para las siguientes exploraciones.

≈

El sentido crítico, la amplitud de miras en busca de la esencia y de las variadas perspectivas como lector, se aprecian puntualmente en la lectura que Gorostiza hace de *Sueños*, de Bernardo Ortiz de Montellano a petición de autor. No la reseña para la publicación ni el texto por las ramas para salir de paso sino el análisis estricto, riguroso, pleno de destellos; hay otro caso en que la apreciación transcurre muy por encima, para corresponder a una cortesía.

Entre los múltiples asuntos destaca su posición ante atropellos y malentendidos. Con una prosa de gran calado responde de frente y sin concesiones, con la ética como base de un carácter fraguado en las batallas contra el silencio, la soledad, el hastío, responde a Carlos Chávez, Narciso Bassols, Salvador Novo.

≈

En todo intercambio epistolar asistimos como testigos extemporáneos de la condición del poeta en el día a día, no ya en su torre de marfil sino en su torre de unicel como dijera un gran poeta. Lo que en un principio fue vínculo de cercanía, se ve invadido por el carácter de polizón que busca saber más de lo que hay en la obra. Aquí se confirma lo anterior. El 13

de mayo de 1932, Torres Bodet le dice: «Querido Pepe: (...) Cuando me escribiste, te quejabas de verte reducido, en Hacienda, a una labor burocrática sin horizontes (...) ¿Qué escribes en estos meses? Me gustaría conocer cosas tuyas. Me daría la impresión de estar un poco más cerca de ti mismo.

El 20 de julio de 1933 a Torres Bodet: «sin embargo, por lo que toca al espíritu, no me siento dañado en lo más mínimo. Al contrario, el encierro, la soledad, el contacto con los libros, como que me dan fuerza y hacen renacer en mí posibilidades adormecidas. Este ser que lee y medita y le da vueltas a la manzana al oscurecer, es más yo que el otro que sale a disputar a los estridentistas un pedazo de pan tan corrompido, que, en honor a la verdad, son ellos y no yo quienes merecen la victoria. Al año siguiente y al mismo destinatario: «mi relación con la cosa literaria es cada vez más imprecisa. No he tenido la fuerza necesaria para sostener mi afición contra viento y marea, y viento y marea me han arrojado insensiblemente hacia las playas que no quería. Pero esto no obstante, me gusta leer. Todo mi tiempo libre lo dedico a la lectura y aunque mis apreciaciones, cada día menos escolásticas, por decirlo así, carezcan de la autoridad que da el ejercicio de la crítica, creo que tienen aún la fuerza de su absoluta libertad».

≈

En una carta a Alfonso Reyes del 15 de mayo de 1933, en la que se disculpa por no haber respondido al envío de siete títulos, surge de nuevo el flagelo de la inestabilidad laboral y económica: «No tengo perdón de Dios! Pero le juro, Alfonso, que este año ha transcurrido para mí con rapidez de un día. En diciembre del 31 fui arrebatado de mi empleo de corrector literario de la Secretaría de Hacienda. Bassols me puso al frente del Departamento de Bellas Artes en Educación (...) en octubre siguiente él mismo me puso en mitad del arroyo junto con Villaurrutia, Ramos, Pellicer y Cuesta, con motivo del escándalo de *Examen*. Heme aquí, pues, repuesto ya del enorme estupor que a todos causara la injusticia, diciéndome un don Garci Ruiz de Alarcón: *Paciencia: de esta manera / son los favores*

del mundo. ¡Y otra vez, a un lado, los buenos ausentes y los buenos libros y la buena miseria, gracias a Dios!».

Bitácora de un sentir, la correspondencia epistolar tiene un tanto de escenografía de los tiempos de gestación de una obra. Puesta en escena, pues, confesión entre bastidores.

≈

La confesión a Miguel Capistrán sobre la gestación de *Muerte sin fin* y las reiteradas ocasiones en que aparece vuelven al agua una de sus querencias más socorridas. Desde *Canciones para cantar en las barcas*, «el agua toma forma», «para qué silencios de agua», «y sólo ya, sobre las grandes aguas, / flota el Espíritu de Dios que gime», «en la imagen atónita del agua»: «amores de agua».

≈

En «Notas sobre poesía», discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, el martes 22 de mayo de 1955, se lee: «La poesía es una especulación, un juego de espejos, en el que las palabras puestas una frente a otra, se reflejan unas en otras hasta lo infinito y se recomponen en un mundo de puras imágenes donde el poeta se adueña de los poderes escondidos del hombre y establece contacto con aquel o aquello que está más allá (...) Despojado de afeites innecesarios (...) Dotado de un sistema de vida interior, estático, el poema queda frente a nosotros, como el cuadro, abierto a nuestra capacidad de contemplación. (...) En poesía, como sucede con el milagro, lo que importa es la intensidad. Nadie, sino el Ser único más allá de nosotros, a quien no conocemos, podrá sostener en el aire, por pocos segundos, el perfume de una violeta. El poeta puede —a semejanza suya— sostener por un instante mínimo el milagro de la poesía. Entre todos los hombres, él es uno de los pocos elegidos a quien se puede llamar con justicia un hombre de Dios».

Y Alfonso Reyes en su respuesta: «Gorostiza se arroja entre sus fantasmas resuelto a vencer o morir. Se sumerge, como el buzo, sin darnos cuenta de sus fatigas subacuáticas,

para resurgir trayendo la perla en la palma de la mano. Prescinde de todo lo inútil, aprieta la esencia. De ahí que su obra sea tan pequeña como tan grande. Hasta se nos ocurre que no le importa ser oído. Su poesía parece una oración. Diré más: una oración en silencio y al silencio».

≈

Un detallado recorrido de la correspondencia de José Gorostiza, amén de una dilatada contextualización de estas misivas, se lee en *Encadenado a esta ausencia. Diez cartas inéditas de José Gorostiza* (Ediciones Monte Carmelo, 2023) de Carlos Ulises Mata. A él y a doña Martha Gorostiza dedico estas notas.

Apuntes para una resurrección

gota a gota el cuerpo caía
en el charco de Dios
JCB

Una felicidad para el lector joven, para cualquier lector, es encontrarse con la obra de José Carlos Becerra. Que el destino depare ese descubrimiento es predestinación, alegría, reto, interrogante. Equivale a entrar por la puerta principal a la poesía y de la mano de uno de sus representantes mayores.

Cyril Connolly, en ese libro luminoso que en 1949 publicó SUR en traducción de Ricardo Baeza, consigna en las primeras líneas del primer párrafo del primer capítulo, lo siguiente: «cuantos más libros leemos, mejor advertimos que la función genuina de un escritor es producir una obra maestra y que ninguna otra finalidad tiene la menor importancia. Por obvio que esto sea, ¡qué pocos escritores serán los que lo

admitan, o que, aun admitiéndolo, se sentirán dispuestos a dejar a un lado la labor de iridiscente mediocridad en la que se hallan empeñados!». Poco después agrega: «todas las incursiones en el periodismo, la radio, la propaganda y el cine, por grandiosas que sean, están de antemano destinadas a la decepción». Hasta aquí *La tumba sin sosiego*, que en México se conoció cuando Vicente Quirarte dirigió la Dirección General de Publicaciones, de la UNAM; el título forma parte del catálogo de la Colección Poemas y Ensayos.

≈

Si encontrarse en la juventud con los poemas de José Carlos Becerra es una alegría, insisto, es también un ejercicio de autocrítica con visos de asombro y desconcierto. Es imposible, o poco probable para no ser tan radical, salir indemne de su lectura, leer sus poemas sin que se desarrolle un proceso lento y demoledor de nuestra concepción primaria de la poesía, del hecho de escribirla y del hecho de cómo vivirla, de cómo vive en nosotros, sobre todo si la perspectiva se aplica a la provincia. Por eso el recordatorio del libro de Connolly, que ignoro si leyó José Carlos Becerra pero que cumple con rigor dos de sus consignas: escribir una obra digna y dedicarse a la escritura sin distractores.

≈

José Carlos Becerra pertenece a una generación notable de notables: Salvador Elizondo (agudo lector del título cumbre de Connolly), Juan García Ponce, Sergio Pitol, Juan Vicente Melo, Ulalume González de León, Esther Seligson, Julieta Campos, Raúl Garduño, Óscar Oliva, Guillermo Fernández, Lilia Carrillo, Manuel Felguérez, Fernando García Ponce, Vicente Rojo.

Relación de los hechos (1967) entra a la vida pública flanqueado por *Farabeuf* (1965) y *La obediencia nocturna* (1968), tres obras cuyo vigor mantiene vivas sus propuestas.

≈

La imagen es reconocimiento y destreza. Suspendida, una figura azul que semeja un gigante de tronco monumental, ocupa la mitad del espacio; del cuello brota una herradura invertida, con los polos hacia arriba, y del nacimiento de ésta se asciende hacia lo que sería la cabeza. Subir no es fácil. Una vía, con sobresaltos, expresa el camino sinuoso: que puede ser de tierra, como en la carretera desdibujada de la herradura (con un sepia con olor a otoño), o puede ser de agua, que desemboca en el abismo sugerido por el norte. Las vías, al subir, forman un triángulo que indica el camino vertical. En el centro del triángulo se forma otro, color magenta. El cuadro está fechado en 1970, es óleo sobre tela y mide 180 x 130 cm. El título: *Señal barroca en homenaje a José Carlos Becerra*. El autor: Vicente Rojo. El fondo es negro.

≈

Vicente Rojo fue un entusiasta de la poesía de José Carlos Becerra. Fueron amigos. Vicente Rojo recibe con beneplácito y diseña y publica *Relación de los hechos*, y, como lo consignaron José Emilio Pacheco y Homero Aridjis, fue el más ferviente impulsor de *El otoño recorre las islas (Obra poética 1961-1970)*, que también formó y diseñó. No hay que olvidar que ERA corresponde a la primera letra de los apellidos Espresate, Rojo, Azorín.

≈

Las fotografías de Ricardo Salazar que acompañan el libro nos presentan a un poeta alejado de los cánones tradicionales: o sea, no el poeta en su estado íntimo, privado, el lugar de su escritura: su mesa de trabajo, sus libros, sus papeles, plumas, lápices.

Las fotografías de Ricardo Salazar que acompañan a dicho volumen nos presentan a un poeta como ser público, como artista consciente de sus logros, dueño de sí, no el poeta tímido que se ruboriza ante las cámaras sino el poeta asentado entre el vehículo y la naturaleza. En esa imagen clave aparece la presencia del poeta en el momento de tomar po-

sesión de sus batallas ganadas e inmerso en la modernidad de lo perecedero y en lo inmutable de la naturaleza. En cuatro de las seis fotografías restantes, prevalece el juego de luces enaltecido por la escenografía citadina: la irrupción en la vía pública, el reclamo en la pared.

≈

La obra de José Carlos Becerra permeó en las sensibilidades sobresalientes de su época. Octavio Paz, Lezama Lima, Vargas Llosa y una larga nómina de creadores la celebraron en su momento y lamentaron su desaparición física. Y no es casual: un poeta que nació maduro y cuya madurez se vio alentada por el vértigo de la vida y por el vértigo de la muerte, no puede menos que causar admiración entre sus viejos y jóvenes lectores.

Hace años, a principios de la década de los noventa, acompañé a Sergio Pitol a la papelería de la familia Becerra, entonces frente al Parque Juárez, en el centro de Villahermosa. Me estremeció ver la foto, ya conocida, en el ámbito familiar. El ser humano, no el poeta y su leyenda, franqueando la entrada.

Pitol me comentó que estuvo con José Carlos un día antes de su partida. Al enterarse de su muerte le comunicó la noticia a García Márquez, quien le dijo: «siempre supe que José Carlos tenía prisa por llegar a alguna parte, pero jamás me imaginé que ese lugar fuera la muerte».

Entre esos nombres ocupó sitio de privilegio nuestro poeta. En su último episodio, a quien le toca ver los trámites de su traslado a México, es nada menos que a don Antonio Gómez Robledo, autor de dos libros indispensables para apreciar a Dante: una biografía crítica y una traducción de *La divina comedia*, preferida la primera por Juan Almela, y la segunda, entre todas, por Gerardo Deniz. Ambos volúmenes fueron publicados por la Coordinación de Humanidades, de la UNAM, en 1975.

≈

Max Aub escribió en *El nacional* una nota sentida por lo acontecido en la primavera del fatídico 1970. Habla en él, de que «la muerte es idiota, que, hija del azar y la casualidad, no sabe lo que hace». Y sentencia: «nos hacemos ilusiones creyendo — ¿por qué? — que la inteligencia es un seguro de vida».

≈

Acaso no es vano repetirlo: escribir es un acto que exorciza fantasmas. Es una suerte de despojo, de abandonar aquello que ya no puede convivir más con nosotros. O como lo escribiera Eduardo Milán: «deja que hablen tus entrañas / para que el miedo no sea entrañable», que resume la visión de un poeta como José Carlos Becerra que nació a la escritura sin las dudas inherentes al neófito pero también con la necesidad de contarle todo. De contarle todo bien, hay que agregar.

Escribir es también regresar al origen, a la primera palabra, e intuir el acto de escribir única y solamente en el momento de escribir, es decir, ahora. En ese movimiento, que recorre el tramo del sentir al escribir, hay un misterio que alumbra el hecho. Al escribir creamos y morimos, porque todo (la extensión es secundaria) se despoja de su aliento; pero también al escribir resucitamos, porque volvemos, del ayer y de lo desconocido, a respirar de nuevo, a vislumbrar aquello que no sabíamos que existía. Escribir es también resucitar: volver a la vida y aferrarse a ella.

Abrir los ojos y ver y vernos en el poema: porque José Carlos Becerra nos ha compartido su mundo a través de la mirada, porque sus imágenes son una de las gracias festivas de su quehacer, es que hemos aprendido que el concepto sin imagen es definición, y al contrario, con imagen, deviene revelación, es decir misterio, es decir poesía.

≈

En una carta a José Lezama Lima, fechada en Londres el 3 de enero de 1970, José Carlos Becerra se refiere a este tema en un par de ocasiones: «sintiendo también en algunas partes

de su libro (se refiere a *Paradiso*) esa atmósfera de resurrección que también encontré en muchos poemas suyos», y más adelante: «todo, todo regresa en lugar de irse, en ese sentido hablo de resurrección, de ritmo a contramuerte».

≈

José Carlos Becerra nos adentra en su legado y lleva consigo la esperanza de propiciar ese encuentro al que me referí al principio. De «Las peonías», de Harry Martinson (no resisto parafrasearlo):

*El verde fue lluvioso,
húmeda de vida la fábula del verano.
La poesía de José Carlos
no estaba armada para el otoño,
sólo para la vida.*

Francisco Magaña
Pueblo Nuevo de San Isidro Labrador
Año de Dios

* Francisco Magaña. Editor, poeta y traductor. Fundador y editor de Ediciones Monte Carmelo. Becario del FONCA, en poesía, 1990, 1994 y 1996 dentro del programa Jóvenes Creadores; y del FOECA-Tabasco, 1993, 1996 y 2000 para creadores con trayectoria. Premio Regional José Gorostiza 1993. Premio de los Juegos Florales 1993, Ciudad del Carmen, Campeche. Premio Nacional Tierra de Imágenes 1993. VII Juegos Florales Nacionales Batalla del Jahuactal, Cunduacán, Tabasco, 1998. Premio Nacional de Poesía Carlos Pellicer para Obra Publicada 1999. Premio Tabasco de Poesía José Carlos Becerra 1999. Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines 2001. Juegos Florales Nacionales 2003, Ciudad del Carmen, Campeche.

Y el agua por todas partes

Virginia María Aguirre Cabrera *

Hablar de Ciprián Cabrera Jasso: el escritor, ensayista, narrador, dramaturgo, psicólogo, monje, amante de la geografía y nuestras culturas prehispánicas; miembro de la Academia Mexicana de la Lengua. Poeta. Hablar de él, pues, conlleva para mí una dificultad temblorosa, intermitentemente triste, y no por su grandísimo talento y trayectoria, sino por el hecho de que ese poeta era mi tío, el más «cercano a mi alma y a mi corazón» como me escribió en la dedicatoria de «Los dones del insomnio», poemario que delineó el rumbo de mis pasos y tal vez el de muchos otros jóvenes tabasqueños entusiastas de las letras.

Ciprián Cabrera Jasso nació en Montecristo, hoy Emiliano Zapata, un 2 de julio de 1950. Ciprián siempre se refirió en sus textos a su lugar natal como Montecristo, aunque el nombre había sido modificado más de dos décadas antes de su nacimiento por decreto de Tomás Garrido Canabal y su ya histórico movimiento Cristero. Fue así que Montecristo tomó el nombre de Emiliano Zapata en honor al caudillo del pueblo que, dicen, nunca anduvo por esas tierras tropicales de aguas permanentemente desbordadas. Pero cuando Ciprián era niño, los mayores todavía nombraban a ese bello terruño: Montecristo.

Pano, como era cariñosamente nombrado, creció a las orillas del río Usumacinta, anduvo su infancia entre patios grandes y esas primeras calles aún de tierra que llenaron de

dicha sus juegos y manos pueriles; calles donde comenzó la historia de Montecristo y también la suya, siempre anegadas, empantanadas por los aguaceros: «el agua por todas partes». Los niños de aquel pueblo jugaban agarra agarra o toca toca, a las escondidas, brinca burro, las canicas, el trompo, la timbomba, tomatito tomatón entre otros. Pano creció también, rodeado de árboles frondosamente tropicales, refugio de «calandrias, zenzontles, zanates y pijules que loaban los dones de la creación» al caer la tarde, pero de la tarde se desprende irremediamente la noche con su manto colmado de todos los fantasmas y seres del mundo. Cuando en aquel pueblo se apagaban las plantas de luz que iluminaban el transcurrir diario de los lugareños, el niño Pano se iba a la cama envuelto en «las luces de las velas, las sombras de los quinqués, los graznidos de las lechuzas», así comenzó la oscuridad a hacer surcos en el alma del poeta y muchos años después, esos recuerdos entintarían su escritura:

*«Si la luna no se hubiera perdido entre los nubarrones
su rostro habría sido otro. Menos tembloroso, quizá.
Lo mismo si no hubieran salido esas lechuzas blancas
Que poblaban la noche y llenaron de terror sus ojos.*

*La magia estaba allí y él no lo supo.
Pensaba que la noche era la muerte
o en el peor de los casos,
muertos que tapaban la luna con sus negros cuerpos.*

*De nada sirvió crecer, el miedo
acompaña al niño que siempre ha estado en su alma:
como en un barco que naufraga».*

Para el poeta la luz tímida del amanecer era un regazo amoroso que lo envolvía y salvaba de esos seres que observaban impasibles su miedo y habitaban los espejos, los cuadros, los retratos, se escondían como arañas detrás de las cortinas o se agazapaban debajo de las camas. El poeta narra en la amplia entrevista que le hizo la periodista Norma Domínguez de Dios en el 2005 que: «No, no era paranoia, era miedo. Un

miedo que escurría por mi sudor a mares, por mis ojos abiertos (...)). Y asegura que «el alba era una verdadera luz».

La historia de sus primeras lecturas es curiosa: cuentan que a la feria de Montecristo llegaba siempre un santero, y entre las estampas, cruces, medallitas, veladoras, rosarios y demás abalorios, cargaba pequeñas ediciones de la biografía de los santos como San Francisco de Asís, Santa Teresa de Jesús, San Anselmo, Santa Catalina de Siena, entre otros, pero fue la historia del primero la que nuestro poeta leyó una y otra vez a lo largo de su vida con sobrada fascinación. Así que un jovencísimo Pano con un pequeño libro en sus manos, viajó 700 años atrás, cuando las aspiraciones de San Francisco monje aún portaban el nombre de Giovanni di Pietro Bernardone, e Italia estaba en guerra contra los Germanos. Las andanzas de este monje sacudieron el alma de Pano y tal vez fue ahí cuando un cúmulo de preguntas se le incrustaron en el pecho a aquel joven de imaginación desbordada que, entre la caída ineludible de la noche que llega acompañada de Lilith, «la luna negra que oscurece el mundo» y aquel pequeño ejemplar, descubrió de a poco el campo de batalla que florece al interior de los hombres. Su propio campo. Y así vio caminar por las escarpas de Montecristo:

*«Cuerpos vacíos y sin sentido,
animales que escondían
el llanto terrorífico entre sus manos».*

Desde que Cabrera Jasso aprendió a descifrar el lenguaje de las letras, nunca paró de leer. Lo recuerdo siempre con un libro bajo el brazo u obsequiándolos en los cumpleaños. Estudió en Michigan letras inglesas, pero era un apasionado de los autores rusos y de sus coterráneos como Carlos Pellicer y me atrevo a decir que mucho más de José Carlos Becerra. Del primero heredó la perseverancia creativa. Alguna vez escuché la historia de cuando Pano conoció al poeta de América. Dicen que Pellicer le dijo: «Tú estás enfermo de poesía, y eso no tiene cura». Ahora bien, de José Carlos Becerra Pano heredó la libertad del verso libre, la profundidad de los poemas de largo aliento y, posiblemente, el tema toral de su escritura: la muerte.

Leer a Pano es caminar descalzos por el borde desolado de la noche. Mundos de realidades oníricas invaden las profundidades del alma: nos deja, como él dice, desnudos bajo las estrellas. Nos contagia de desamparo. Porque Pano fue un poeta que escribió desde su desolación. Las sombras hacían nido en su escritura. Pero él era agua y el agua tiene memoria: «el agua por todas partes». Así Pano abrió caminos, recordó que la vida y la muerte son dos caras de la misma moneda.

*«En la vida va germinando
la muerte sin darnos cuenta».*

Pero en la muerte también germina la vida sin darnos cuenta. Así es que nuestro poeta logró diseccionar con su pluma la oscuridad y descubrió que en su centro habita la luz y existe un cielo blanquísimo:

«Solo aire, vuelo y reposo».

A través de su escritura y los títulos de sus libros, somos testigos de cómo Ciprián camina con miedo, pero insiste, persiste como Dante de la mano de Virgilio para encontrar a Beatriz («que es el amor de Dios que es el mismo siempre»). Atraviesa *Diez poemas para encontrar un poco de luz*, avanza en busca de tierras oscuras llamadas *Trilogía de sombras*, *Diario de muertos*. En algún punto, ya cansado, descubre que el insomnio le ha legado dones y se refugia en su amada *Kassandra*, vive una fiesta en el infierno con Onishi, con Celia habita una oscura esperanza y encuentra a Ciliace esperándolo al borde del abismo. Pano camina, pues, un buen tiempo en mundos del desarraigo y la pasión hasta alcanzar *El divino vuelo* que solo fue para él otra forma más bella de escritura.

*«Mi aliento es sólo vapor que se disuelve en el aire y no pesa.
A soltar, a desapegarse.
a no volver a los mismos rumbos del desasosiego,
a los tiempos muertos donde el dolor apesta y la tristeza vomita
llantos».*

-
- * Virginia María Aguirre Cabrera, tabasqueña de nacimiento. Ganadora del Premio Municipal de Poesía “Teodosio García Ruiz” 2023. Autora del poemario *Un mar que lleva tu nombre* bajo el sello de la Editorial de la Secretaría de Cultura del Estado de Tabasco. Fue becaria del Programa de Estímulo a la Creación y Desarrollo Artístico (PECDA) 2019 en la categoría de joven creador. Poemas y textos suyos han sido publicados en el diario *Presente*, *Novedades de Tabasco*, en la revista de expresión universitaria *Signos y Hoja de poesía*, entre otras. Colaboró en el suplemento cultural de la Universidad de Colima con la columna literaria Trópico húmedo. Es Licenciada en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Olmeca, egresada del diplomado en Literatura Mexicana del Siglo XX impartido por el INBAL y del diplomado en Creación Literaria por la Escuela de Escritores José Gorostiza.

Forma Ansiosa

Eliannet Paola García Hernández *

Pareidolia

El tigre está a punto de morder al dinosaurio
una monja me mira oculta entre las montañas, no sonrío,
en medio de todos ellos, un cayado aórtico emerge del lomo
[de un caballo,
las grietas en el piso adoptan formas de rostros, animales o
[cosas,
delante de mí, las luces de un auto me miran, se ve molesto,
no vi la luz roja, me distrajo el unicornio de las nubes,
veo formas donde no las hay,
tengo que hacer algo con mi pareidolia
aunque me gustan las historias que cuenta.

Ansiedad

I

Nací sin ella,
pero es la secuela
de la infancia.

II

Escucha esta alma, estímulo creador.
Escucha esta energía de trabajo que no termina.
Escucha el rumor de esta fuente paciente.
Tú, que transformas y destruyes la conciencia,
escucha esta alma afligida que se lamenta.

III

El vacío es el espacio
donde forjas la tormenta
mientras te veo venir
a destruir mi calma.
Tus relámpagos iluminan mi interior
eres rayo que atraviesa
paralizando hasta la médula
esta argamasa que son mis restos
ocultos bajo el sudario del miedo
que envuelve todo y nada.

Tus truenos restallan
en mis oídos
el sonido del mar
que guardan las caracolas
de mis manos escapa
cuando discurre entre ellas
trenzando los dedos
con tu angustia.

Hastizadas las ovejas
de ser contadas
cada noche
reclaman su sacrificio
me ofrecen en holocausto
solo queremos descansar.

Como Claudio al viejo Rey
envenenas mi existencia.

Te cueles en mis oídos
con viperina lengua
seseas tus intenciones.
¿Acaso sea mi suerte la de Ofelia?
Tus espinas me coronan la frente
emana la sal en perlas
caen en el ojo de agua
donde se ahogan mis niñas
sus gritos y la calma.

El ruido de tu voz
en mi boca se libera
¡Alabada seas!
se desata tu tormento
y con ello la locura
de tu letanía.

*Miedo a morirme,
eso eres tú.*

*Enfermedad inexistente,
eso eres tú.*

*Pánico irracional,
eso eres tú.*

*Uñas carcomidas, rechinar de dientes,
eso eres tú.*

*Crujir de dedos incesante,
eso eres tú.*

*Constricción que asfixia,
eso eres tú.*

*lanza que atraviesa el remedo de mi corazón,
eso eres tú.*

*Golpe en el pecho,
eso eres tú.*

*Agitación,
eso eres tú.*

*Nudo que ahoga la voz
eso eres tú.*

*Ácido que asciende y quema el interior,
eso eres tú.*

*Estómago revuelto por las polillas,
donde una vez hubo mariposas,
eso eres tú.*

*Canturreo demoníaco que invoca desdicha,
eso eres tú*

*Hambre insaciable,
eso eres tú.*

*Zozobra nocturna donde naufraga el sueño,
eso eres tú.*

*Cuerpo cansado de nada,
vacío de todo, excepto de ausencia,
eso eres tú.*

*Olvido que persigue,
llaves que tintinean en cerraduras invisibles,
eso eres tú.*

*Objetos perdidos ocultos a la vista de todos,
distracción,
eso eres tú.*

*Estallido de olas en el rostro,
eso eres tú.*

*Furia que flagela la alegría
eso eres tú.*

*Euforia que no encuentra eco,
eso eres tú.*

*Silueta en la oscuridad cuya mirada descubre mis culpas,
eso eres tú.*

*Desierto de sueños plagado de pesadillas,
eso eres tú.*

*Sal en las almohadas,
eso eres tú.*

*Sábanas empapadas de miedo,
eso eres tú.*

*Esperanza del incauto,
eso eres tú.*

*Consuelo de tontos,
eso eres tú.*

*Bastión de preocupaciones,
eso eres tú.*

*Terror nocturno,
eso eres tú.*

*Eso, eres tú,
eso, también soy yo.*

*Cordero que perdiste la confianza en el mundo,
respira por favor.*

*Cordero que se hastía del mundo,
camina por favor.*

*Cordero que olvida su lugar en el mundo,
habla por favor.*

Bajo tu amparo nos acogemos
juicio y buen entendimiento.

No desechen nuestra súplica
—somos víctimas de una obsesión—,
antes bien mírennos con ojos compasivos
brinden sonrisas gentiles,
palabras de aliento, colores o tintas
para dejar atrás, por fin,
este triste clamor,
que nos consume como lo hace el tiempo.

Salve la esperanza de un nuevo amanecer
levántate entonces alma mía
deja que todos tiemblen ante tu presencia
y si en algún momento el miedo te invade
recuerda que eres hábil navegante
capaz de enfrentar y sobrevivir a esta tormenta.

* Eliannet Paola García Hernández. Médico cirujano por la UJAT. Estudiante de la maestría en estudios de género y prevención de la violencia. Diplomada en creación literaria. Ganadora del concurso de cuento del municipio de Centro, Tabasco, «Gabriela Gutiérrez Lomasto 2022», con el libro *Tierra, Calor y Color*. Autora del libro *Historias del río* (2019), publicado por la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Tabasco. Publicada en las siguientes antologías: *Los 100 mejores minicuentos de la cuarentena* (2020); *Desde casa* (2020); *Apasionata 2* (2019), *Tilico lico tilico ti, narrativa para hablar de migración y violencia infantil* (2018). Sus cuentos han sido publicados en diferentes diarios de circulación regional.

Un mar que lleva tu nombre

Virginia María Aguirre Cabrera *

Poemario: *Un mar que lleva tu nombre*

I

Esparcí tus palabras por toda la casa,
me gusta caminar sobre ellas descalza y libre.
Cuando juego a saltar alto, tus palabras arropan mi caída;
cuando juego a desaparecer, me encuentran;
cuando juego a inundar la casa, ellas cierran la llave de
[mis ojos y me abrazan.
Hay mañanas que tus palabras se sientan a tomar el café
[conmigo;
me hablan de la vida, de la muerte, de seres que llenan
[de luz otros planetas.
Son palabras sabias y les creo.
Hoy llegué del cuarto a la cocina saltándoles en un solo pie,
las letras rieron a carcajadas y yo junto con ellas.
Poeta, tu obra es de tintura fuerte
piedra inmune al tiempo que todo incinera.

II

Tomo café y pienso. Todos los días pienso en ti.
En el océano dulce de tu voz y el ave reclusa en la mirada.
Mis pies, granos de arena, se mueven sobre la inmensidad

de esta tierra que se cuarteja poco a poco.
No sé si cuando se rompa por completo los humanos
[tocaremos fondo.
No sé si en ese abismo exista el infierno de Dante o si el
[infierno es nuestra mente,
araña que teje su cárcel día a día.

En mi mente están colgadas tus memorias de luces y
[sombras.
La imagen de incendio bajo un sombrero.
Los pies que contenían bailes del mundo.
El abrazo, remendador del alma. La soledad, calamar
[adherido a tu sombra.
Insisto en que el tiempo no los envuelva en humo de olvido;
por eso te escribo y reinvento, para desviar ese humo que
llena de cáncer la memoria.

III

Acude a mí un recuerdo en tono sepia;
los recuerdos mutan de forma como las nubes,
nunca conservan su imagen primera.
Son aire caliente que se sueña agua danzante.

Aparecemos sentados frente al mar en una playa veracruzana. Tengo diecisiete años y he escrito mi primer poema «de horas, de olas». Llevo mis letras en una hoja arrugada entre las manos, la voz no me sale, siento una bola de fuego llamada vergüenza incendiar mi estómago, pero yo deseo leerle aquel poema. Tomo aire y sazono mi impulso juvenil con el viento de sal. Hablo. Me escuchas. Yo solo escucho el crepitar de mi fuego. Cuando por fin callo, dices: «no ha existido poeta que no le escriba al mar».

Yo no sé si llegue a ser poeta, pero le tengo respeto al mar:
dicen que en él habita el origen de la vida.
Le tengo miedo al mar: me paraliza su inmensidad,

mi vista nunca logrará traspasar el horizonte,
mis brazos nunca lograrán sostenerlo en un abrazo.
Me da miedo el mar: su profundidad anega mis sueños
y sin embargo, tomo la pluma y escribo,
le escribo a un mar inasible que he bautizado
con tu nombre: Ciprián Cabrera Jasso.

XIII

Sé que en tu juventud leíste la historia de San Francisco de Asís con fascinación. Supiste que cuando las aspiraciones del monje aún encajaban en el nombre de Giovanni di Pietro Bernardone, sus ojos eran pedazos de carbón sin vida; ascuas tibias que una mañana en guerra contra los germanos ardieron cuando el joven vio al mundo quitarse el velo y mostrarle su cara leprosa, su piel llagada, su cuerpo esquelético que estremeció su alma al escuchar el roce de huesos cubiertos de miseria. Tus ojos de edad juvenil no habían visto catástrofe alguna, pero en aquella vida que hiciste tuya a través de las letras, descubriste el campo de batalla que florece al interior del hombre. Viste caminar en las calles de Montecristo:

Cuerpos vacíos y sin sentido,
animales que escondían
el llanto terrorífico entre sus manos.

Muchacho, poeta, setecientos años te separaban de la existencia del místico monje y, aun así, San Francisco de Asís tocó el tambor que te llamó a la guerra. Así se encendió la segunda llamada.

XIV

Imagino un campo minado
que se extiende al interior del hombre,

es preciso caminarlo con cuidado, aprender a descifrar
[sus engaños;
sobre todo, cuando la tristeza en el alma nace callada,
[sin llanto,
como un recién nacido que abre los labios
y muestra su oquedad en silencio.

Detonaste sin querer una bomba, poeta.
Las preguntas y la vida retumbaron en tu pecho:
fuertes, certeras, con eco. Tal vez no te diste cuenta;
la poesía aquel día se instaló en tus ojos
y un poema comenzó a rasgarte el pecho.
Por eso sentiste dolor, ganas de gritar.
Sabías que en este mundo
no hay espacios hechos para gritar;
para llorar fieramente, desnudos, sin un nombre
y un rostro que nos contenga; tocar en un violín imaginario
la canción más triste de la tierra hasta cansarnos
de su belleza en tono sepia,
de los sonidos que caen como cascada y anegan el alma.

No. No hay espacios hechos para gritar.
Fue cuando saltaste a una hoja en blanco,
y lloraste desnudo en ella.

Poemario: *Para que exista*

En esta ciudad nada y todo pasa.
El café no encuentra un conducto, el vaso, la vena,
para aplicar sus hechizos de taumaturgo oscuro.

Desde que me sé violeta
tengo libros y poemas a medias;
los barcos de papel no encuentran en mis ojos su destino.

Estoy violeta, triste, niña oscura, sola,
en esta ciudad de ceibas maternas
que no cumplen en mi vientre
su escritura.

Follow the Yellow brick road.
Banda sonora de la película El mago de Oz.

El doctor dice:
Hay muchas formas de ser madre.
La ciencia es luz en la oscuridad del cuerpo.

El doctor me revela el mapa
del camino amarillo
que me llevará a casa.

Hermoso parque, hermosos niños,
hermosa tarde, pero en la banca hay un lugar vacío.
Coral Bracho.

Se ha ido la luz en mi casa.
Son las tantas horas de la tarde
y supongo que en alguna plaza una mamá toma helado
[con su hijo,
y en el parque un papá encuentra en dos manos de tierra
[la alegría.

Yo no sé cómo encender la luz
esta tarde en mi casa.
Se ha ido. Se fue también la semilla,
sangre querida,
culebra roja de lengua bífida entre mis piernas.

No hay luz en casa.
No hay cerillos.

No hay velas.
No hay hijos.

Para María Te miro a como el hombre ha contemplado
desde siempre:
la forma indecisa de las nubes,
el vuelo errante de un pájaro,
la locura desbocada de la lluvia,
la tintura de los sueños,
el río, las flores, el mar.

Hoy, a mis treinta y tantos años
te miro tanto y tan cotidiana,
que mi asombro por ti
nunca será suficiente.

* Virginia María Aguirre Cabrera, tabasqueña de nacimiento. Ganadora del Premio Municipal de Poesía “Teodosio García Ruiz” 2023. Autora del poemario *Un mar que lleva tu nombre* bajo el sello de la Editorial de la Secretaría de Cultura del Estado de Tabasco. Fue becaria del Programa de Estímulo a la Creación y Desarrollo Artístico (PECDA) 2019 en la categoría de joven creador. Poemas y textos suyos han sido publicados en el diario *Presente*, *Novedades de Tabasco*, en la revista de expresión universitaria *Signos y Hoja de poesía*, entre otras. Colaboró en el suplemento cultural de la Universidad de Colima con la columna literaria Trópico húmedo. Es Licenciada en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Olmeca, egresada del diplomado en Literatura Mexicana del Siglo XX impartido por el INBAL y del diplomado en Creación Literaria por la Escuela de Escritores José Gorostiza.

Susurros de ausencia

Yumey Zetina Salgado *

I

Lloras la pérdida en tu jardín,
en la floresta las aves gozan.

Vuela el dolor, despliega sus alas,
se posa en el corazón del albatros.

guardián de almas, que brindó esperanzas.

Los pájaros imploran fe, el dolor busca alas
¿Quién aliviará el tormento enjaulado?

II

Escondiste anhelos
guardaste los abrazos
sepultaste tus labios
mientras yo velaba tus silencios.

¿Por qué temías al mundo?

Mustia vida de quien marchitó
las rosas y adoró la espina

III

Vuela, ave de otros diluvios,
abrázate del cielo en las tormentas.

¿Qué es aquello que se escapa?
no intentes alcanzarlo, no lo vas a detener.

La soledad evoca cantos del ayer,
el corazón, ha quedado ciego.

IV

Aunque te llamen mis días,
tu voz ausente permanece.

Cómo soltarte si ya eres libre,
¿No es la vida más que muerte?
¿No es la muerte más que vida?
Fuimos todo y vamos a la nada.

V

Silencio es todo lo que escucho
todo lo que escucho no es silencio
escucho todo lo que dice el silencio
el silencio dice todo lo que no quiero escuchar.

Frente al espejo

Camino extenso y taciturno mi infancia
una cicatriz se esconde, la niña que me arrebataron.

Me llamo. Ya no soy.

Me miro al espejo
y una pequeña constelación
está dispersa en mi rostro
seguro es leo, mi signo regente.

Alguien me nombra, ¿quién soy?
No fui Yesica, María o Mariana.
No, mi nombre pertenece a lo que no existe:
una leyenda falsa que inventó un periodista
antes del cierre de edición.

Perdida, tuve que encontrarme
desasir los pétalos marchitos
porque las cosas muertas no deben resguardarse.

*hay que rendirles oración, incinerarlas y dispersarlas en el viento
que no queden vestigios; construir sobre cenizas derribará la casa.*

Habito el jardín, donde mis flores hallan morada;
efímera es mi estancia si el amor no me abraza.

*De tierra estéril siempre toma tus raíces
aferrarse a lo que daña es sacrificar lo prospero.*

Fui jardín de melancolías antes que vergel
ahora no puedo evocar lágrimas
en cambio, he logrado mantener la primavera
tejiendo en mi interior una coraza.

La despedida

Un resplandor efímero nuestra estación
en primavera eran nuestros cuerpos contiendas floridas
en el verano tomabas mi néctar para saciar tu sed
en otoño mis pétalos cayeron, pero en invierno
arropaste con tu cuerpo mis restos.

Derrochamos nuestro amor a cántaros
y nos alcanzaron las sequias
cuando comparaste mi amor con otros rostros.

Deshabité, en silencio y sombra, nuestro edén.

Ya no puedo regresar al lugar que un día amé
Aquel ayer hoy para mí no es nada.

Arcoíris

Para Draco Gibran

El largo invierno abandonó mi cuerpo.
Mis brazos se abrieron al sol,
la esperanza se instaló en mi vientre.

La rosa del Nilo eligió mis aguas
y despertaste al dulce sueño de la vida
en una noche santa.

Tu llanto reclamó la vida y tomaste de mi pecho la ambrosía.
Una mirada te convirtió en sol, yo giro a tu alrededor.

Alguien te nombró Arcoíris por ser milagro
yo solo puedo llamarte: Amor.

-
- * Yumey Zetina Salgado. Nació en Villahermosa, Tabasco, en 1987. Editora, narradora y promotora de lectura. Fue editora, reportera y coordinadora de la sección cultural del diario *Tabasco Hoy* (2012-2018). Ex coordinadora de la librería del FCE José Carlos Becerra (2018-2022). Forma parte del Programa Nacional de Salas de Lectura. Ha colaborado con artículos de opinión y cuentos en la extinta revista *Grijalva*, en el bisemanario *La que sigue* y en el diario *Novedades de Tabasco*. Sus textos forman parte de las antologías *¡Viva México! Apuntes independientes*, *Literatura erótica para el fin del mundo* y *Selfie poética*.

Funerales en calles conocidas

Aarón Rueda *

I

*Funeral en una casa de cartón
Calle Tepito frente al río*

Llanto que cae sobre una casa de cartón, suele humedecer los cimientos. Dolientes en ratos imploran la ilusión que provoca el aguardiente para desinhibir lágrimas y estas formen un torrente desembocado desde los ojos hasta el cuenco de las manos, ahí toda cordura se deja de lado y todo rencor desenvuelve el recuerdo más hermoso. Los clavos poco a poco se oxidan durante la mortuoria velada y un ángel sin alas cruje igual a las manos de un doliente sin sombra; lagartijas y cucarachas son huéspedes que dan el pésame al termino del ocaso, la distancia parece un instante mezclado con la sombra hecha por la extrema idea de que la muerte también se ensucia al recoger los quebrantos junto a flores secas para el altar de esta casa de cartón.

II

Funeral sobre la banqueta Calle oscura esquina del mercado

Al ver a un muerto tendido sobre la calle más transitada se intuye, fue sorprendido por la muerte entre la oscuridad, señoras que siempre llevan un rosario, primero abofetean el cielo con sus gritos y luego comienzan a rezar golpeando los restos de aquel desdichado, a veces se condiciona al muerto, si murió ebrio sólo se les reza un padre nuestro, media ave maría para terminar en el recuerdo de toda mala obra. En caso de una simple equivocación de la muerte, se le reza un rosario completo sobre la banqueta igual a una caricia para ser acompañado por cucarachas de ropaje azul y luego recogen el cuerpo se le coloca una rosa roja, una veladora. Si es muy querido se pone una cruz con palabras:

*«la muerte
suele
ser una amante dolida
cuando
se le miente»*

III

Funeral de una persona conocida
Calle Talavera sin número

Este funeral siempre está como palma abierta ya que todos se preguntan: ¿En qué momento fue?, ¿Cómo se suscitó?, ¿De qué falleció? Pero no todos preguntan si el cielo se abrirá o si los santos que están de frente al féretro intercederán para su descanso eterno o lo mandarán al purgatorio. Eso a la muerte le da risa y escupe entre la llama de los cirios, se hace un collar con lágrimas sobre todo de la viuda que contempla el cadáver cuando nace un crisantemo servido de ofrenda.

IV

*Funeral donde todos ríen
Calle Escondida con
la avenida principal*

No han podido quedar los panteones en silencio, la gente ríe, pretendiendo comerlo, junto al aroma de las flores y las gotas de agua bendita y el sonido puro del llanto emana como estrella fugaz en un inhóspito celeste, oscuro entre voces frías, son del mismo tono pálido las lápidas de ciertas tumbas a las que la lluvia suelta su reproche en temporadas de mayo. Después de ceremonia lúgubre se vuelve fiesta, oscuro el semblante de toda cara que alguna vez los huesos se irguieron para confrontar a la muerte con una sonrisa tan sollozante como campanadas a medianoche.

V

Funeral olvidado
Calle Concepción número trece

El muerto llora sólo entre lo que pudo traer para ser recordado, no hay flores o filas de gente golpeando el vidrio del ataúd para lamentar su partida, la única presente es la humedad tan pegajosa que al abrazar el cadáver llora lágrimas cafés expandiéndose deforme sobre la tela; deja ver el profundo dolor de esta casa. Los muertos ya no saben si se han quedado solos, pues tienen el alma junto al cántico de pájaros citadinos y el rumor de hojas de un viento sin alas esperando la primera lluvia de primavera.

-
- * Aarón Rueda. Originario de Las Choapas, Ver., nació el 1 de junio de 1986. Ingeniero ambiental por la UJAT. Ha impartido talleres de Creación Literaria en Las Choapas, Coatzacoalcos y Villahermosa. Premio Nacional de Poesía Rosario Castellanos 2013, otorgado por UADY. Premio Universitario de Poesía Teresa Vera 2014, otorgado por la UJAT. Premio Nacional de Poesía Ramón Figuerola Ruiz. Ganador de los Juegos Florales Nacionales de Toluca. Ganador de los LIII Juegos Florales Nacionales de Jiquilpan 2017, Michoacán. Ganador de los XXXV Juegos Florales Nacionales Universitarios 2017, convocados por la UAC y la Secretaría de Cultura de Campeche. Premio Tabasco de Poesía José Carlos Becerra 2018. Premio de los Juegos Florales de Todos los Santos de Colima 2019. Premio Estatal de Poesía Joven Ciprián Cabrera Jasso 2019, otorgado por la Secretaría de Cultura de Tabasco. Premio de los XIV Juegos Florales Nacionales Ramón López Velarde 2021, Jerez, Zacatecas. Parte de su obra aparece en las antologías *Mil poetas a Vallejo*, 2011 y en la *Antología de los Juegos Florales Universitarios*, 2013.

La escalera anular

Alex Moreno *

I. La casa de Möbius

El amor es un laberinto de malentendidos cuya salida no existe
Jacques-Alain Miller

Avanzo en una casa hecha de un solo pasillo,
inauguro con cada paso
una vuelta inconcebible,

las ventanas dan paso a paredes
con paisajes mentidos,
claridades pintadas
con soles de luz seca.

La inevitable puerta
me devuelve al interior
de esta cárcel indescifrable,
un laberinto construido
a partir de la conjunción
de nuestras soledades.

Sigo atrapado
sin poder llegar a ti, Ariadna.
Sólo me resta seguir el camino
que trazaste con una cuerda sin extremos.

Ya no soy más Teseo,
sino ciudadano de tu destierro.

Al buscarte por los oscuros aposentos
de la casa que construimos,
un espejo me sale al paso:
admiro los cuernos que me coronan
como amo de mi desdicha,
rey de naderías.

Entonces continúo mi infructuosa labor,
fatigo la superficie de mi encierro e
inauguro con cada paso
una vuelta inconcebible,

II. Detrás del reflejo

*I received a telephone call one day at the graduate college at Princeton
from Professor Wheeler, in which he said, «Feynman, I know why all
electrons have the same charge and the same mass» «Why?» «Because,
they are all the same electron!»*

Richard Feynman

Todo es uno en el mundo.

El jardín es una sola flor
multiplicada por el jardinero
en el lienzo del tiempo.

Las estrellas son una sola luna
repetida en las aguas del cielo
y cada hombre que la observa
es Endimión.

Así, no importa, Selene,
en qué ojo, lago o cristal te mires.
Detrás del reflejo, tus ojos
se encontrarán con los míos.

III. Todos los espejos, un reflejo

La mano se acerca a la imagen especular.
Los fragmentos del cuerpo ansían su reunión.

La mano invertida se aproxima a la matriz del ideal.
El cuerpo desmembrado cree reconocerse completo.

Las palmas imaginan tocarse.
El cuerpo se intuye como un Picasso;
pero el ideal sigue a salvo
en el eje asintótico del cristal.

Que no vaya también, al extender su mano,
a tocar las entrañas del Espejo,
pues se vería tal cual es y sería como nosotros.

IV. La camilla de Schrödinger

*Dado un átomo radiactivo individual, la probable longitud de su vida es
mucho más incierta que la de un gorrión sano.*
Erwin Schrödinger

En la habitación de frías paredes,
Los mecánicos pitidos del monitor cardíaco
dan cuerda al mundo.

Fuera del hospital,
el tiempo se viste de noria
y avanza a pasos de lluvia.

Aprovecho que duermes
para salir de la habitación.
Suelto tu mano
como se deja ir un globo atado a la muñeca:
con una cuerda invisible que vibra
al ritmo de la máquina y del agua.

Afuera, el cielo es mi clepsidra,
no puedo escuchar los golpes
con los que tu corazón se defiende de la muerte,
luchador incansable.
Cada latido anuncia
el comienzo de un nuevo round.

Continúa el aguacero, avanza el tiempo todavía.

Sin embargo, sé que pronto
la lluvia romperá sus cuerdas,
el artefacto quedará sin voz.

Por eso, me voy sin mirar atrás,
para no ser un observador del ineludible suceso,
preguntándome si aún respiras.

Porque en mi duda puedo mantenerte con vida,
mientras no te vea en la camilla
y no interfiera con tu frágil sueño,
que puede durar sólo esta
o todas las noches.

V. Y... reversible

Sin fondo, la copa del vate.
Bebe, sin embargo y sin éxito,
hasta el fondo intuido,
hasta el olvido.

Cartógrafo de abismos,
ahoga el poema en un fino río de 90 gramos.
El reloj arroja símbolos que resisten al lenguaje
y alza la copa ante ilusorios auditores.

Bebe versos, toma incontables tomos,
indiscriminadamente descorcha antologías,
gota a gota agota autores, y comprueba

que la esquirra de infierno en su mano
no refleja ni una piadosa blasfemia.

Rasga la hoja, su destino es el fuego.
Arde también tras la ventana
el sol a media voz,
con el cuchillo del asfalto a la cintura.

Entre las llamas quirales del alba y el ocaso,
el tiempo se vuelve espejo de sí mismo.

Rasga el aedo el abismo maldito
que no se atreve a mirar de vuelta.
Arroja un puñado de cristales rotos a la pared
y recoge del suelo la atroz copa,
que se ha formado de nuevo.

Los versos se desdibujan.
Sobre la mesa yace la hoja inmaculada,
el lápiz afilado,
la espera poblando el fondo de la copa,
aún sin llenar.

Y el poema,
más allá de los confines de la ventana,
da la espalda al fracasado espejo
que descorcha el incendio.

VI. La puerta

Una puerta sin casa.
Solo marco y perilla, sin ornamento.
Su marco se erige
sobre el verde olvido del jardinero.

Una puerta abierta.
Vacuo espejo de un Cézanne inagotable.
Negativo en eterna revelación.

Una puerta abierta
al aire que la atraviesa y sigue fuera.
No hay casa, no hay adentro,
no hay sino este párpado del mundo,
siempre expectante:
entrada a un túnel que abarca el universo entero.

Una puerta sin casa,
magnético monopolio que es su propio opuesto.
Atravieso el arco, flecha sin viento, soy
el último mueble de la otrora morada.
Sigo dentro, cruza el aire también el portal,
el pasto a mis pies reverencioso se inclina;
estatua de polvo, yo, inmutable permanezco.

VII. Sísifo en una Escalera de Penrose

Lo blanco es la estación inicial del poema,
donde el hereje conjura los nombres de lo indecible.

La posibilidad que esconde la página es una empinada
[sagrada,
cada letra es un escalón hacia lo inadvertido.

Cada poema es el retorno al primer peldaño:
la obstinada piedra que enfrenta a la invencible gravedad
sobre una escalera anular que encierra todo lo que no es:

El asombro de una infancia a la que se vuelve,
llena de recuerdos que nunca fueron.

-
- * Álex Moreno nació en Villahermosa, Tabasco, en 1994. Diseñador gráfico y poeta. Es autor del poemario *Síntesis y rupturas*. Ha participado en las antologías *Voces desde la casa*, *Antología de la Literatura Contemporánea Tabasqueña* y *De Oficio... Poetas* del Colectivo Literario Arando Letras. Ha cursado un diplomado en Creación Literaria impartido por la Secretaría de Cultura y el INBAL. Fue becario en el Festival Cultural INTERFAZ 2015, y beneficiario del PECDA en 2017.

Poetas del trópico

de Francisco Magaña, Virginia María Aguirre Cabrera,
Eliannet Paola García Hernández, Yumey Zetina Salgado,
Aarón Rueda y Alex Moreno

Fue editado por la
Universidad Olmeca, A.C.

Se concluyó en la ciudad de
Villahermosa, Tabasco, México
en septiembre de 2023,

Para la composición de los textos se utilizó la fuente Book
Antiqua





UNIVERSIDAD OLMECA

Raíz de sabiduría

ISBN 9786075 964591



9 786075 964591